

### **Desde afuera del dispositivo: la asexualidad o el reverso ilegible de la identidad**

**María Eugenia Martí**  
**PUDS – UNR**  
**evgeny20@gmail.com**

#### **Resumen**

El presente texto aborda la disidencia asexual con el objetivo de analizar su potencialidad disruptiva respecto las configuraciones inteligibles de la identidad sexual y como afuera absoluto del dispositivo de sexualidad. Mientras, por un lado, existe la creciente necesidad de pensarla como posición identitaria válida a modo de estrategia de reconocimiento social, por otro lado, también persiste la insistencia de ciertos sectores, como la sexología y la psiquiatría, de singularizar sus contornos y definirla desde el estudio entomológico clasificatorio que permita determinar las causas que comprueben su origen patológico y su anomalía. Es posible también reivindicar esa anomalía y reconocer la potencialidad subversiva respecto de las configuraciones ontológicas permitidas y ver la potencia de su negatividad como un afuera constitutivo que habilita todas y ninguna de las configuraciones posibles.

#### **Palabras Clave**

Asexualidad - Reconocimiento - Dispositivo de sexualidad - Patologización - Deseo

Soy asexual. Esas palabras consiguen idéntica reacción cada vez que se las pronuncia: incredulidad. Como si uno estuviera invitando al otro al reino del absurdo, abriendo las puertas al territorio de lo imposible o confesando que la propia constitución ontológica proviene de la absoluta irrealidad. La experiencia sería similar a ir por la calle, todos los días, afirmando: soy un unicornio. Y la cuestión es justamente la irrealidad, la incapacidad para habitar lo existente, para acceder al reconocimiento. El problema tal vez sea la negación. El prefijo privativo en una autoafirmación. Así, en el verbo originario que designa al ser, hay una ausencia de verbo, en la auto-denominación misma del asexual como sujeto de una privación se instaura el registro del oxímoron, la falta constitutiva, la insuficiencia activa que vuelve al sujeto el

reverso o negativo del agente. Por lo tanto, se trataría de un esfuerzo vano por visibilizar una ausencia.

Como toda forma infrecuente o apenas perceptible del devenir sujeto, la asexualidad produce reacciones que van desde la simple y llana desestimación basada en supuestos erróneos que la reduce a anomalía intrascendente o imposible, hasta las más variadas formas de patologización. Dado que la asexualidad se instaure como negación, resulta consecuentemente más fácil colocarla en otra categoría con prefijo privativo: la inexistencia. Parece aún imposible deshacernos de la omnipresencia del sexo como fatalidad primaria, como condición intrínsecamente universal. La noción de sexo, explica Foucault, fue creada por el dispositivo de sexualidad, y formada a través de diferentes estrategias de poder y permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres. Dicha unidad ficticia funciona no solo como principio causal sino también como sentido omnipresente, significante único y significado universal (Foucault [1976] 2005: 187).

De esta manera, el sexo no es más que ese punto ideal vuelto necesario por el dispositivo de sexualidad para desempeñar una función importante: es por ese punto imaginario que llamamos sexo por lo que cada cual debe pasar para acceder a su propia inteligibilidad, a la totalidad de su cuerpo, a su identidad (Foucault [1976] 2005: 188-189). Hay una inversión histórica fundamental que tener en cuenta, según Foucault:

(...) hemos llegado ahora a pedir nuestra inteligibilidad a lo que durante tantos siglos fue considerado locura, la plenitud de nuestro cuerpo a lo que mucho tiempo fue su estigma y su herida, nuestra identidad a lo que se percibía como oscuro empuje sin nombre. (...) Al crear ese elemento imaginario que es el sexo, el dispositivo de sexualidad suscitó uno de sus más esenciales principios internos de funcionamiento: el deseo del sexo. (...) Constituyó al sexo mismo como deseable. Y esta deseabilidad del sexo nos fija a cada uno de nosotros a la orden de conocerlo, de sacar a la luz su ley y su poder; esa deseabilidad nos hace creer que afirmamos contra poder los derechos de nuestro sexo, cuando en realidad nos ata al dispositivo de sexualidad (...) (Foucault [1976] 2005: 189-191 El subrayado es nuestro).

De este modo, aquellos que se abstienen de la presunción de la necesidad del sexo, del sexo como pulsión primaria, instinto o significante

universal que responde a la configuración absoluta y originaria del ser, atentan contra los residuos resistentes a la refutación de las nociones esencialistas y biologicistas de la identidad. Los asexuales admiten ser leídos como otra posibilidad radical de resistencia, que va más allá de la reversión estratégica de las prácticas, placeres, usos y posibilidades plásticas somáticas, y pueden ser vistos como sujetos de la negación, del autoexilio del dispositivo, opuestos a la instancia del sexo:

No hay que creer que diciendo sí al sexo se diga que no al poder, se sigue, por el contrario, el hilo del dispositivo general de la sexualidad. Si mediante la inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad se quiere hacer valer, contra el poder, los cuerpos, los placeres, los saberes en su multiplicidad y posibilidad de resistencia, conviene liberarse primero de la instancia del sexo (Foucault [1976] 2005: 191).

Existen construcciones sociales asociadas a las prácticas y usos individuales de los cuerpos: “serás alguien, mientras te atengas a alguna de las configuraciones de la matriz de inteligibilidad: sujeto o abyecto”. Pero no acceder o sostener una práctica regular dentro de las posibilidades del dispositivo de sexualidad, significaría, por lo tanto, no acceder a ninguna configuración hegemónica o alternativa de inteligibilidad, parecería traducirse, entonces, a una carencia de estatus ontológico social. Significaría no ser ni siquiera un abyecto, ni siquiera ininteligible, significaría el afuera absoluto. También es cierto que esa exterioridad se puede instituir como el silencio que hace ruido en el centro del dispositivo regulatorio, ya que la ausencia de prácticas y discursos interrumpe el afán clasificatorio y obstaculiza los mecanismos de control.

La asexualidad, entonces, se convirtió en el nuevo y laico pecado nefando. Desde la muerte de Dios una expresión como *nefas* se volvió fútil e inconsecuente. Para entender la falta gravísima que implicaba para los antiguos abstenerse de seguir la voluntad divina primero habría que entender la necesidad de seguirla. *Fas* refiere a voz o palabra divina, aquel verbo primero que designó para siempre, performativamente, al mundo, significa expresión de voluntad divina convertida en ley, de ahí se convierte en aquello que está



PROGRAMA UNIVERSITARIO  
DE DIVERSIDAD SEXUAL



UNR Centro de  
Estudios Interdisciplinarios

## II Coloquio Internacional

Saberes contemporáneos desde la  
diversidad sexual: *teoría, crítica, praxis*  
Rosario, 27 y 28 de junio de 2013

permitido, lo lícito. *Nefas* designaría, por lo tanto, la negación de dicha voluntad de los dioses, la negación del discurso-ley. La asexualidad sería el infans infans (sujeto que no habla, que no posee palabra) del espectro de las configuraciones de identidad. La palabra ya no proviene de los dioses, pero los discursos en profusión exponencial no dejan de instaurarse en y a través del poder que determina lo que es lícito, lo que permite el acceso a lo humano.

Por eso, la negación de los discursos es el lugar de la asexualidad, porque denuncia continuamente que el sexo no es más que ese ideal imaginario, ese instrumento de las técnicas del biopoder que permiten el acceso regulatorio a la vida de los cuerpos y de la especie, construido como instancia obligatoria de la vida que nos define, cifra ontológica universal (Foucault [1976] 2005:175-191). Sin embargo, los asexuales desmienten la percepción del sexo como instancia irrefutable y fundamental de la existencia. Es por este motivo que producen extrañamiento y son invisibilizados continuamente, aún dentro de los discursos que no son específicamente heteronormativos, porque la ausencia de sexo en la vida de los individuos es adjudicada a diversas formas de una supuesta “represión”, explicada a partir de difusas razones patológicas o entendida simplemente como una desviación más de las normas sociales. Lo que coloca a los asexuales, nuevamente, en el afuera de la inteligibilidad.

Sin embargo, esta existencia a la intemperie nunca es realmente absoluta, porque no existen configuraciones que escapen a los mecanismos del poder ni que puedan, completamente, escapar a las operaciones del dispositivo de sexualidad. El asexual que quiera adquirir tal identidad en sociedad, necesita de una continua afirmación y explicación, de una continua puesta en discurso que no loga evadir el sexo, ya que se vuelve indispensable el pronunciarlo, incluso, para negarlo. No obstante, es en lo inverosímil de la negación donde la asexualidad parece constituir un límite difuso e ininteligible en las posibilidades de configuración de lo humano, porque entorpece o anula totalmente la imperiosidad, obligatoriedad y inevitabilidad del sexo. Esto le otorga un sustrato potencialmente disruptivo y subversivo.

Los sujetos asexuales entonces se instauran como excedente de las configuraciones de usos y prácticas posibles diseñadas para los cuerpos, reivindican la posibilidad del autoexilio de los intercambios sexuales de cualquier tipo, y, a nivel de los diseños estratégicos políticos de identidad, pueden carecer de la sigla “A” en la genealogía de las siglas, pero empiezan a salir del ostracismo en el que la negatividad de su identidad los colocaba. En las marchas del orgullo de New York y Los Ángeles, este año desfilaron contingentes de asexuales para decir que no solo es posible encontrarlos en el eterno espacio del *et cetera*, que significa: “y todo lo demás”, o sea, lo que está de más, lo que sobra, el excedente silenciado.

Dos estrategias se tornan indispensables a la hora de romper el vacío desde el cual se habita la asexualidad: salir del silencio imperante y contrarrestar los efectos de la literatura que sí circula sobre la materialidad y realidad de los asexuales ya que esta opera, generalmente, en su detrimento. Los estudios que han abordado la asexualidad provienen de la sexología, la psiquiatría u otras perversiones del poder biomédico y abundan en taxonomías cuyos indicadores y criterios clasificatorios apuntan a la patologización abierta o encubierta del asexual.

Así, Bogaert (2004) analiza datos preexistentes extraídos de relevamientos sobre la población sexual en el Reino Unido para cuantificar las posibilidades de existencia asexual en un 1%, y decepcionarse con los resultados de sus análisis, ya que la heterogeneidad de los datos no le aporta suficiente material como para que los factores predictivos de asexualidad lleven a una causa única de la misma. La manera de resolverlo, ya que la impronta patologizante no le permite otra opción, es alegar posibles causas múltiples como un inadecuado desarrollo en la adolescencia, la sobre internalización de roles de género en el caso de las mujeres o condiciones genéticas prenatales.

Los estudios de caracterización y clasificación de la sexología no abandonan esta impronta ya que no pueden separarse de la idea de que existe una media “normal” de deseo sexual. Así, Prause y Graham (2007) realizan un estudio a partir de encuestas, estudios de grupo y otros recursos de la



PROGRAMA UNIVERSITARIO  
DE DIVERSIDAD SEXUAL



UNR Centro de  
Estudios Interdisciplinarios

## II Coloquio Internacional

Saberes contemporáneos desde la  
diversidad sexual: *teoría, crítica, praxis*  
Rosario, 27 y 28 de junio de 2013

entomología para clasificar a los sujetos asexuales. Todo su análisis de las auto-definiciones de los sujetos solo las lleva a concluir que resulta necesario realizar tests fisiológicos y psicofisiológicos para medir los factores causales que puedan afectar los sentimientos de deseo sexual. Les resulta imposible desligarse de la creencia en un supuesto funcionamiento “normal” de la sexualidad, normalidad de la cual los asexuales extraen su diferencia específica. Así, proponen que, si bien los mecanismos fisiológicos no parecen poder explicar completamente la asexualidad, podrían ofrecer a los individuos asexuales legitimidad y un marco conceptual para sus sentimientos, lo cual reduciría el alcance que permite a otro culparlos por su identidad (2007: 354).

De la misma manera, Hamilton y Strizhakova (2004) parten del presupuesto según el cual las relaciones sexuales consideradas “sanas” son vitales para el desarrollo de los individuos, su autoestima, y su bienestar personal, psicológico y social. No obstante, alegan los autores, esas relaciones fueron mucho tiempo sinónimo de heterosexualidad, y a pesar de las nuevas concepciones, las relaciones homosexuales siguen teñidas de un estigma social muy fuerte (*sic*). Por lo tanto, proponen una hipótesis según la cual la asexualidad es consecuencia de un conflicto interno entre el sistema de creencias y varias etapas de desarrollo de la sexualidad. Así, se sugiere que para evitar el estigma social que padecen otros sujetos no normativos los individuos se autoidentifican como asexuales para no confesar la verdadera orientación o porque el miedo al estigma les impide alcanzarla. Vemos así, que la asexualidad no solo es entendida como una deficiencia de desarrollo de la sexualidad, sino que además se ignora el estigma que comporta por sí misma, y se la piensa como refugio ante el miedo a un estigma más reconocible y más fácil de concebir que la realidad de la identidad asexual.

Por este motivo, empiezan a surgir comunidades *on line* que tratan de difundir información y poner en existencia discursiva las contingencias y variables que permitirían pensar a los asexuales, removerlos del espacio de silencio e invisibilidad para construir vías de acceso a la inteligibilidad que no estén teñidas de caracterizaciones patologizantes. Desde su virtualidad, sitios

como AVEN (*Asexual Visibility and Education Network*), apelan a estrategias que permitan “decir” a los asexuales, que permitan dotarlos de identidades reconocibles. Dado que los términos que permiten ser reconocidos como humanos son articulables socialmente, todos nos constituimos como seres sociales viables a través de la experiencia del reconocimiento, que no es más que la sede del poder mediante la cual se produce lo humano de forma diferencial (Butler [2004] 2006: 14-15). Por lo tanto, pensar, como se hace desde AVEN, la asexualidad como una orientación sexual que otorga una identidad definida, constituiría una forma de esencialismo estratégico que apunta a salir del silencio de los discursos y emerger hacia la inteligibilidad.

Aunque sepamos que la identidad es un efecto, que no existe forma de atribuirle esencia, que lo natural ya no existe (que la naturaleza se murió después de Dios), el concepto resulta indispensable para toda agencia política social. Para *ser* en sociedad. Para que se llene el lugar del predicativo, porque ese lenguaje que nos instancia como sujetos exige que, detrás de las ontologías intrínsecas que parece denotar el verbo *ser*, tenga que haber un atributo. Resulta necesario apropiarnos del discurso desde una posición de sujeto, desde una identidad que parezca tener límites definidos, para no quedar relegados a tema extradiscursivo, configurados como la eterna *no persona* excluida de la subjetividad. (Benveniste [1971] 2007:186).

Así, se entiende que para llevar adelante proyectos de visibilización que revisten una importancia política fundamental, desde sitios como AVEN se instauren definiciones esencialistas. Allí se define al asexual como persona que no experimenta atracción sexual y se lo distingue del célibe porque este está determinado por la elección. Se niega cualquier aspecto volitivo de la asexualidad porque esto permite dos operaciones discursivas necesarias: por un lado, distinguirse de la imagen religiosa del célibe (aquel que se somete a un régimen impuesto o auto-impuesto de abstinencia como ofrenda o sacrificio) y por otro, plantear a la asexualidad como orientación sexual no voluntaria. Esta estrategia, por lo tanto, tiene el defecto de caer en una posición innatista y

de resucitar justificaciones del orden de las potencias naturales que otorgarían a la asexualidad categoría de condición inevitable del ser.

Repetimos, puede ser estratégicamente válido, pero se pierde la oportunidad de pensar al asexual en su potencialidad política real, a partir de los rasgos que lo vuelven una anomalía perturbadora en los regímenes socio – discursivos de la sexualidad. Los asexuales no son sujetos carentes de deseo, sino que se los podría pensar como poseedores de un deseo que funciona como productor de ontología. No se trata de un deseo como carencia, sino de la exhibición de la potencialidad sexual absoluta, una o todas las orientaciones a punto de derramarse simultáneamente, cuya cristalización más que causa y origen, es un horizonte inalcanzable. Este deseo se asimila al deseo kafkiano, tal y como lo definen Deleuze y Guattari ([1975] 1990: 84-86) en *Kafka, por una literatura menor*, un deseo que no es carencia, sino plenitud, ejercicio y funcionamiento, un deseo que es fundamentalmente polívoco, y cuya polivocidad hace de él un solo deseo único que lo abarca todo.

De esta manera, se podría reivindicar a los asexuales no como entidad ontológica pura, ni como sujeto esencial, sino como anomalía de las tecnologías variables de producción de lo humano, como un estado aleatorio, fortuito, arbitrario que, sin embargo, no deja de ser una posibilidad de habitar el mundo. Se podría pensar, por lo tanto a aquellos configurados a partir de la ausencia de las prácticas y usos sexuales del cuerpo, como otros inapropiados/inapropiables que no se pueden configurar en una identidad fija.

La inverosimilitud que los recubre socialmente demuestra que son posiciones políticas subversivas, ilegibles desde las identidades de sexualidad y género heteronormativas. Dado que en su caso todas las orientaciones del deseo y todas las posibilidades de significación del cuerpo están abiertas, todas las prácticas existen en una potencialidad inconmensurable, que, a su vez, resulta incómoda, subversiva, inasible, justamente por representar lo indeterminado e indeterminable. Por eso mismo podrían ser vistos como la mismísima refutación teórica de la identidad esencial hecha carne. Se trata de identidades imperfectas, nunca acabadas, desidentificadas, móviles,

constituidas como operación política a partir del reverso de su ilegibilidad, de su falta de orientación concreta, de su existencia volátil como potencia absoluta.

Nada resulta más obscuro, ni más políticamente subversivo que la potencialidad indeterminada, el campo abierto de orientaciones viables e inviables. Por eso la asexualidad no suele ser contemplada siquiera como posible. Se trataría de una operación de exclusión determinada también por la matriz de inteligibilidad cultural, que no solo se restringe a vigilar las performances de género, sino también los comportamientos y conductas sexuales. En términos generales, quizá la persistente creencia en un irrefutable instinto biológico o pulsión natural sea la causa primaria del derogamiento continuo de la asexualidad a un tipo de existencia antinatural. “El sexo, como órgano y como práctica, no es ni un lugar biológico preciso ni una pulsión natural” dice Preciado (2002: 22). Esto ayuda a ver la necesidad de considerar al sexo como una tecnología biopolítica (sistema complejo de estructuras reguladoras que controlan los intercambios entre los cuerpos, los instrumentos, las máquinas, los usos y los usuarios) y de deconstruir la sexualidad como naturaleza. De la misma manera, ese espacio anómalo y excedente del dispositivo constituido por los no practicantes desmiente varios presupuestos basados en inscripciones “naturales”: la fatalidad de orientaciones predeterminadas de deseo, lo irrefutable de las pulsiones instintivas, la necesidad natural del intercambio sexual, y finalmente, la idea del sexo como significante universal, como cifra de lo que somos, como apremiante centro de toda configuración ontológica.

### Referencias Bibliográficas:

Benveniste, Emile [1971] (2007). “De la subjetividad en el lenguaje” en *Problemas de Lingüística General I*. México. Siglo XXI.

Bogaert, A. F., (2006) *Toward a Conceptual Understanding of Asexuality*, *Review of General Psychology*. Sep. Vol 10(3): 241-250.

Bogaert, A. F. (2004). Asexuality: Prevalence and associated factors in a national probability sample. *Journal of Sex Research*, 41: 279–287.



PROGRAMA UNIVERSITARIO  
DE DIVERSIDAD SEXUAL



UNR Centro de  
Estudios Interdisciplinarios

## II Coloquio Internacional

Saberes contemporáneos desde la  
diversidad sexual: *teoría, crítica, praxis*  
Rosario, 27 y 28 de junio de 2013

Butler, Judith [2004] (2006). *Deshacer el género*. Barcelona. Paidós.

Deleuze – Guattari [1975] (1990). *Kafka, por una literatura menor*. México. Era.

Foucault, Michel [1976] (2005). *Historia de la sexualidad. Tomo 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Hamilton, M. A. y Strizhakova, Y. (2004). "Homosexuality and Homophobia: Toward a Causal Model of Asexuality" *Paper presented at the annual meeting of the International Communication Association, New Orleans Sheraton, New Orleans, LA Online*. 2009-05-26  
[http://www.allacademic.com/meta/p112895\\_index.html](http://www.allacademic.com/meta/p112895_index.html)

Prause, N. y Graham, C. (2007). *Asexuality: Classification and Characterization*, en *Arch Sex Behav*, 36: 341–356.

Preciado, Beatriz, (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Madrid. Opera Prima.